

—No seas carca. No es para tanto. ¿Qué vamos a hacer en este pueblo de mierda? ¿Acaso tú no fumaste cuando eras joven? —le pregunta, rebelándose ante él.

Su madre se acerca y le da una bofetada. Yo me quiero morir ante aquella situación. Dania se lleva la mano a la mejilla, colorada por el sopapo.

—Te odio —le grita.

—No vuelvas a hablarnos así —exige su madre—. Somos tus padres y debes respetarnos.

—Os odio. Fuera de mi habitación —chilla enervada.

Alejo me empuja con suavidad y me saca de la habitación. Su madre nos acompaña. Echo un último vistazo antes de que se cierre la puerta y muevo los labios en un «lo siento» que le envío a mi amiga, aunque sin emitir ninguna palabra. Tengo el corazón roto al ver a Dania tan afligida. Ahora veré lo que me espera a mí.

Al estar solos en el salón, Encarna, la madre de mi amiga, me lanza una mirada asesina.

—¿Por qué le has cortado la melena a mi hija?

Yo miro hacia abajo, pues no soy capaz de mirarla a los ojos.

—Porque ella me lo pidió —respondo—. Intenté convencerla de que no lo hiciera, pero lo tenía muy claro.

—¿Sabes cómo la pondrá la gente ahora?

Levanto la cara y la enfilo sin cortarme.

—Pensé que le importaba su hija, no lo que piensen los demás —le espeto.

Aquello le pilla desprevenida y se enfada.

—Maldita descarada —rechina los dientes—. No eres ninguna buena influencia para ella. Espero que entre en razón y deje de verte. Necesita relacionarse con gente de su misma posición, no con muertas de hambre.

—¡Encarna, ya basta! —le reprocha su marido.

Tengo los ojos encendidos por las lágrimas que pugnan por salir, pero no le voy a dar el gusto. Se ha pasado cuatro pueblos y medio, pero no pienso entrar al trapo.